

COMPRA

N.º 3.º

2/2335



Idearium.



LITERATURA

+ ARTA +

— 1900. —

IDEARIUM.

La revista quincenal de este nombre es un periódico, que, sin ser modernista, aspira á reproducir literariamente las palpitaciones de la vida moderna. Pero, aceptando sin escrúpulos toda novedad interesante, no rechazará lo viejo por ser viejo, sino por inameno y desabrido. En nuestro florilegio tendrán cabida ciertas flores poéticas que no ha conseguido marchitar el tiempo.

Recogerá IDEARIUM ideas y conceptos de todas partes: un epigrama griego y un chiste andaluz; una balada de Goethe y un cuento popular; una tradición persa y una leyenda granadina; el himno nacional de los boers y el revolucionario de los catalanistas; una canción de los trovadores provenzales y una *muiñeira* de los gallegos, cuanto nos parezca bonito, curioso y digno de remembranza.

Queremos estudiar y aprender y vulgarizar lo aprendido. Somos estudiantes de una asignatura que no se estudia en nuestras Universidades. Sin pretensiones científicas ni borlas doctorales, asistimos como aficionados á la amplia escuela donde un aforismo de Séneca sigue á una égloga de Virgilio, las letrillas de Quevedo se mezclan con los romances de Lope, las doloras de Campoamor se unen con los nocturnos de Martínez Dúran, los poetas filósofos del Norte se alían con la deslumbrante musa americana, y una versión del francés puede caer al lado de una traducción del sanscrito...

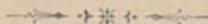
De IDEARIUM se excuye una sola cosa: el ataque á la religión, á la moral y á las buenas costumbres.

Precios de subscripción en España

Un trimestre	1 peseta.	Número suelto, 0,15 pesetas en Granada,
Un semestre	2 "	y 0,20 en las demás provincias.
Un año	4 "	Anuncios, á precios convencionales.

Números atrasados, 25 céntimos.

Administración: Acera de la Virgen, 50.





AÑO I.

GRANADA 15 DE JULIO DE 1900.

EL MITO



El mito, inspirador de poetas y artistas eminentes, es objeto en nuestros días de largas y profundas disquisiciones.

Concepción poético-religiosa, obra épica de colectiva elaboración, atraviesa en su principio un camino subterráneo, tenebroso, comparable al *venero* que, antes de salir á luz en el manantial, fluye silencioso, invisible, por las hendiduras, grietas y oquedades de la sierra.

El mito griego, el más interesante para nosotros, aparece franco y casi encauzado, libre de las sombrías cavernas, formando cascadas y arroyos bañados en la luz del día, como si en Homero surgiese de pronto, sin haber pasado, en su período inicial, por las montañas del Asia, cuna del género humano.

Pero ni en Homero ni en Hesiodo—términos de la edad llamada «elaboración del mito griego,»—éste se halla formado definitivamente. Los dos autores épicos son algo más que ecos de la tradición helénica; más bien son resonancias que prolongan los sonidos de las viejas leyendas. Los poetas primitivos, no obstante su serenidad objetiva, se estremecen al paso del número y modifican subjetivamente la revelación al transmitirla al pueblo.

En presencia del mito, el pueblo griego permanece tranquilo, indiferente, ó se humilla y ora. El historiador, viendo allí un hecho-fósil, lo estudia ó interpreta á guisa de narración verosímil de hazañas casi olvidadas de antiguos conquistadores y civilizadores. Y el poeta y el filósofo simbolizan en los entes míticos, altas concepciones morales.

Hasta nuestros días, la Mitología no ha sufrido el golpe de las pretensiones científicas. Los antiguos se limitaron á narrar la vida legendaria de héroes y dioses, con sentido exotérico ó esotérico; pero los modernos, particularmente desde la publicación de la *Gramática comparada de las lenguas indo-europeas*, de Bopp, han tratado de sistematizar las concepciones mitológicas, inquiriendo sus orígenes y desarrollos.

Ya antes de Bopp, había demostrado Vico (*Scienza Nuova*) el gran partido que, para los orígenes de un pueblo, se puede sacar del análisis de una lengua. Pero siglos antes que Vico, el mito como elemento histórico había sido utilizado por Evehmero y los evehmeristas; y como material filológico,—*sermo miticus*,—Locke lo había estudiado, advirtiendo, v. g., que *alma, ánima*, viene de *anemos*, soplo, viento, aire sutil, con el cual, decía el filósofo, fué comparado el principio interior de todo cuerpo viviente.

Atendiendo á la significación del *sermo miticus*, en relación con los fenómenos naturales, algunos filólogos vislumbran en los mitos una Física-Teódicea. Para ellos, Apolo es el sol; Selené la luna; Poséidon el mar; Hérmes el viento...

Para el criterio evehmerista, Apolo no es el astro luminoso regulador de las estaciones, sino un príncipe fundador de ciudades y legislador; y Baco no es dios de las viñas, sino un labrador insigne, que enseñó el cultivo de la vid y la extracción de su jugo, ó tal vez Alejandro Magno, conquistador de las Indias como Baco.

Los simbolistas (y sea este el último ejemplo) ven en la diosa Minerva, que adulta y ceñida de armas resplandecientes, salió de la cabeza de Júpiter, una imagen de la sabiduría que del cielo baja á la tierra, arma la con los rayos de la verdad, para ahuyentar las sombras del error y del sofisma.

Estas ligeras indicaciones deben bastar á los estudiosos para comprender la transcendental importancia de los mitos. Aristóteles, acostumbrado á buscar el rastro de las ideas en las nubes de la Metafísica, afirmaba resueltamente que «el amigo de la verdad lo es en cierto modo de los mitos»; y el conde de Maistre, pensador audaz y profundo, creía que en la Mitología greco-latina no es todo verdad ni todo mentira, sino un tejido de creencias enlazadas por hilos sutiles con la tradición primitiva.

Este es el criterio predominante en los escritores católicos que se precian de ortodoxos. Las aguas turbias del mito, en tan varios arroyos divididas, provienen de la fuente primera donde bebió la humanidad.

M. GUTIÉRREZ.



SENTIDA

Imagen misteriosa de mis sueños;
hermosura de pálido semblante,
de ojos oscuros, y mirar sereno:
Astro de amor, que en la callada noche
asomas en el cielo de mi dicha,
llenándolo de vivos resplandores:
Ángel bajado de la azul esfera:
acude y dime, por piedad, quién eres
y qué misterios en tu ser encierras.
Ven y escucha mis cantos; esta noche
mis ojos piden luz á tus pupilas
y á tus labios un beso mis amores,

y mi pena te implora, que, rasgando
 las sombras de mi triste pensamiento,
 le dejes ver la luz que busca en vano...
 ¿Quién eres? dí...; tus ojos que creara
 nuestro Dios para cuna de un ensueño
 de inagotable amor, no expresan nada;
 tu corazón, donde encerrara el Cielo
 su más dulce tesoro de venturas,
 no ha cantado jamás un sentimiento;
 tu alma, sumida en éxtasis sombrío,
 más parece á mis ojos que la imploran,
 un milagro de luz que un don divino.....

.....
 ¿No sientes mi oración!... ¿Guardas silencio?...
 ¡Por piedad, dí quién eres, ángel mío,
 imagen misteriosa de mis sueños...!

En la región polar brillan los astros
 con límpido fulgor, bañando apenas
 con ténue luz el tímpano azulado;
 la flor del agua duerme sumergida
 en el fondo del lago; y brillan noches
 de cierzo helado que al amor convidan...
 Ya sé quien eres, sí: tu triste imagen
 es la primera sombra del crepúsculo
 surgiendo lenta al expirar la tarde;...
 Astro polar, mandando con misterio
 sus rayos temblorosos á la cumbre
 del azulado tímpano de hielo;...
 flor azul de las aguas, oscilando
 al beso de la onda imperceptible
 que se agita en el fondo de los lagos;...
 iris solar, fundiéndose en la bruma;...
 noche dormida, apenas alumbrada
 por los helados rayos de la luna...
 Ya sé quien eres, sí: tu triste imagen
 es el fulgor que arranca á las pupilas
 de una virgen, la luz de sus altares;...
 el beso misterioso de la muerte;...
 la sonrisa del ángel de un sepulcro
 al vivo resplandor del sol naciente;...
 reverberante, límpido reflejo
 del cielo de un ardiente mediodía
 en las blancas arenas de un desierto.

C. JOSÉ DE CUENCA.

GRANADA EN VERANO

LA SALA BAJA

QUIEN no conozca las antiguas casas granadinas no puede comprender nuestro carácter.

Las que hoy construye la codicia ó la ridícula manía de imitar son, no ya antihigiénicas, sino antipatrióticas. Ellas destruirán nuestro típico modo de ser, nuestra noble indolencia, la gracia señorial y la dulce austeridad de nuestras costumbres.

Los bajos húmedos y sombríos, cerrados como calabozos siniestros en invierno, se tornan en frescos y gratuitos oasis en verano.

La familia se traslada á ellos cuando el sol de Junio empieza á tostar los trigos de la vega é inunda de fuego las calles solitarias. Es una mudanza en regla, pues hay que poner el toldo, arreglar las macetas, colocar las mecedoras, los floreros, los búcaros y rinconeras, barnizar los lustrosos marcos, desempolvar los muebles, desfundar el sofá patriarcal, el mismo donde durmió sus plácidas siestas el abuelito, el mismo donde nuestra cabecilla rubia se quedó también dormida tantas veces, soñando con las cerezas del cercado, con la fiera del perrillo que nos rompió el blanco vestido.

Una vez instalados en el bajo, todo el rigor del verano desaparece. Ya puede caer plomo derretido en la desierta calle; en la sala baja, junto al florido y húmedo patio, disfrutaremos de deliciosa frescura.

Por las puertas entreabiertas circula libremente el aire, perfumado de albahaca, de geranios, de mirtos ó jazminez; en las blancas paredes, frías y húmedas como las de misterioso aquarium, se destacan los antiguos cuadros, borrosos é inmóviles; en el cenador los bodegones, en los que la patina de los años envuelve á las uvas y priscos, brevas y granadas, cebollas y nueces; en la sala los cuadros de santos, con sus túnicas rojas y sus nimbos de gloria, ó los retratos de los antepasados, que dormitan ó sonríen dulcemente, y en los que á veces, la pobre abuela, que murió baldada y hecha una pasa, muestra en el lienzo su busto de matrona, levemente ceñido de ancajes, y la sonrosada carne de sus espléndidos mollereros.

La charolada mesa de caoba, ó el artístico trípode del rincón, sostiene la urna de cristal, que guarda la imagen predilecta, aquella que salvó milagrosamente al niño, cuando se cayó por la escalera, la que recibió la última desgarradora mirada del moribundo; el Niño Jesús, siempre sonriente, el lindo San Antonio, ó la virgencica del Carmen, vestida de monja, que lleva en las manos el minúsculo escapulario.

Hasta allí llega el rumor de la fuente, que espurrea las macetas del patio y humedece el aire, ó el eco cristalino del caño del pilar, que parece el monótono recitado de una kásida interminable ó un prolongado cosquilleo de risas contenidas, de suspiros ahogados.



Por fuera, las persianas están echadas; la calle, de azulada blancura, hierva como un horno; de vez en cuando se oye el piar de los gorriones, que se esconden en el amplio alero del tejado, ó cruzan veloces, buscando la sombra de la higuera ó el umbrío rincón del jardinillo. El silencio es completo; una bocanada de aire que mueve una cortina, una flor que se cae al suelo, una puerta que cruje, un insecto que roe una hoja, un nudo que se echa en la estrecha garganta del surtidor, producen leves rumores, ligeros sobresaltos, que hacen levantar las pestañas perezosamente caídas.

Cuando en la sala baja hay una mujer joven, por necesidad ha de ser granadina neta: mística y apasionada, que guarda, con los recatos de su honestidad invulnerable, el tesoro inmenso de una sensibilidad refinada, que estallará algún día, toda ella para un solo hombre, en la hora de las supremas confianzas.

La joven dormita suavemente; lee algún capítulo de piadosas meditaciones; y si está enamorada y el novio ausente, escribe una carta, en la que cada letra es un gracioso mohín, cada palabra una flecha, cada renglón un poema, en que se derrama á borbotones la ironía y la ternura. Después, cuando ha rezado y ha soñado despierta, la granadina, cuya hermosura no se concibe en la estrechura de una casa de pisos, sino en la amplia y fresca sala, que tiene algo de trono, extiende su cuerpo de sultana en el sofá, ó

se desmaya perezosamente en la mecedora, y se queda dormida, mientras los retratos de los antepasados sonríen dulcemente...

En la antigua casa granadina las horas eran largas, y los hermosos días del verano descendían majestuosamente al feliz ocaso de la tarde. Sin el nervonismo de nuestras vanas tareas, el tiempo discurría tranquilo, en lánguida serenidad; leer un libro piadoso ó una novela romántica, dormir la siesta, sin inquietudes ni temores, soñar con alegres idilios ó con melancólicos recuerdos, disfrutar las dulzuras de una vida honrada y pacífica, era sin duda más grato que sudar la gota gorda en habitaciones mezquinas, como el alma del ambicioso, que no supo heredar la humildad y nobleza de sus progenitores.

En la sala baja reinan la opacidad, la quietud, el misterio y la frescura; en ella parece que se juntan todos los amores; el de Dios, que purifica, el de la familia pasada, cuyo recuerdo evoca las penas más íntimas y las alegrías más intensas; el de la familia nueva, en que se sueña, arrullados por el agua, que murmura promesas, recibiendo en los ojos medio cerrados la suave caricia de la sombra, y en la ardorosa frente, el húmedo beso del aire frío.

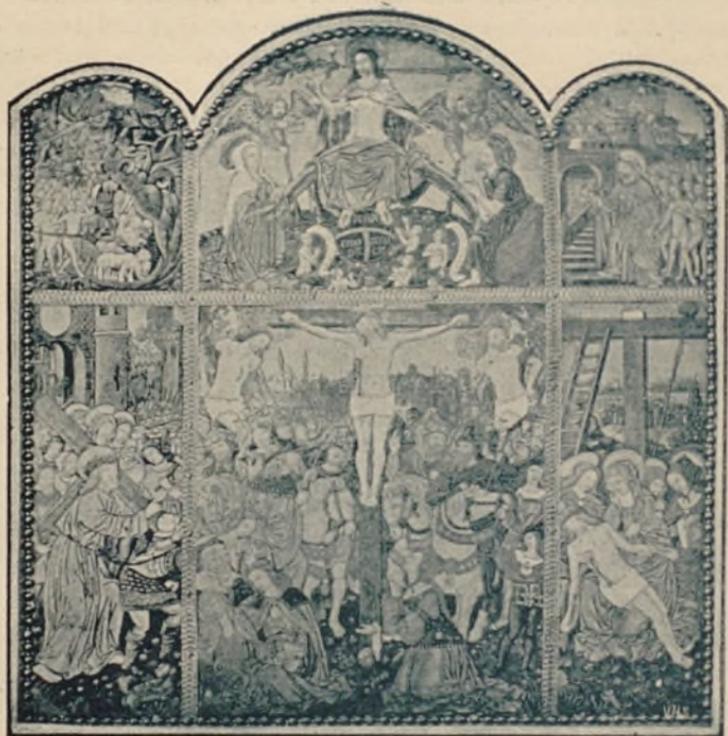
NICOLÁS MARÍA LÓPEZ.



LA FLECHA DE ORO

Yo busco una flecha de oro
que, niño, de una hada adquirí,
y «Guarda el sagrado tesoro»,
me dijo; «tu suerte está ahí».
Mi padre fué un príncipe: quiere
un día nombrar sucesor,
y á aquel de dos hijos prefiere
que al blanco tirare mejor.
Á liza fraterna en el llano
salimos con brío y con fe:
la flecha que arroja mi hermano
clavada en el blanco se ve.
En tanto mi loca saeta,
lanzada con ciega ambición,
por cima pasó de la meta
cruzando la etérea región.
En vano en el bosque vecino,
en vano la busco doquier:
tomó misterioso camino
que nunca he logrado saber.
El Cielo me ha visto, horizontes
salvando con ávido afán,
y, mísero, á valles y á montes
pidiendo mi infiel talismán.
Y escucho una voz: ¡Adelante!
que me hace incansable marchar;
repítela el viento zumbante:
me sigue en la tierra y el mar...
Yo busco la flecha de oro
que, niño, de una hada adquirí,
y «Guarda el sagrado tesoro»
me dijo; «tu suerte está ahí».

MIGUEL ANTONIO CARO.



El tríptico del Gran Capitán

BAJO siete llaves, y no menos candados, guarda el Ayuntamiento de Granada, en uno de los antiguos arcones tallados del tesoro de la ciudad, la joya artístico-arqueológica más rica del Museo provincial, y una de las mejores del mundo, el famoso tríptico de esmalte, que perteneció al Gran Capitán, y que la viuda de este caudillo donó al templo de S. Jerónimo, donde sirvió de porta-paz en las grandes solemnidades.

Bien merece tales garantías de seguridad tan hermosa obra, robada una vez del Museo y devuelta bajo secreto de confesión, pues su valor es inapreciable, y su belleza tan extraordinaria, que justifica los transportes de entusiasmo que manifestara, al verla hace pocos meses, el Dr. Julius Lesing, Director del Museo de Artes Industriales de Berlín, quien no vaciló en reputarla como el mejor y de más grandes dimensiones (1) de los esmaltes de Limoges que se conocen, atribuyéndolo al notable artífice Lionard Limosin, que vivió por los años de 1,500.

(1) Mide medio metro de altura.

Como pueden apreciar nuestros lectores por el fotograbado adjunto, el cuadro central del tríptico representa el Calvario en el momento de la lanzada de Longinos; los laterales la calle de la Amargura y el Señor muerto en brazos de su Madre; y los tres superiores el Juicio, final, viéndose en el Centro á Jesucristo, sentado sobre el arco iris, con la Virgen y S. Juan Bautista á los lados, y á la derecha á S. Pedro, conduciendo á los justos á la Jerusalem celeste, mientras á la izquierda los réprobos entran por la boca de un enorme dragón infernal.

Es hermoso el colorido de este bien conservado esmalte, de azulada entonación, cuyos detalles de indumentaria del siglo XV, característico dibujo, y apropiada composición artística de aquella época, le dan un valor arqueológico tan extraordinario.

Solo por esta obra, si las demás del Museo granadino no fueran, como son, también interesantísimas, merecía ser instalado convenientemente en local apropiado, con el fin de que el público y los artistas pudieran conocerlo, estudiarlo, y deleitarse con su contemplación.

DIEGO MARÍN.

GRANADINAS.

Si hubiéramos de describir los méritos y estudiar la complicada psicología de la mujer granadina, no ya las páginas de esta revista, sino todos los números de ella, aunque viviera largos años, serían escasos para lo que tendríamos que decir.

Nuestro insigne Pedro Antonio Alarcón escribió una deliciosa apología de la granadina. De buena gana reproduciríamos algunos de sus párrafos, que pondrían de relieve el carácter de nuestras paisanas; pero ¡ay! el regente de la imprenta nos avisa que el número ha de entrar en prensa en seguida, y que no tenemos más que diez centímetros disponibles... ¡Diez centímetros para encerrar todo el primor, la gracia, la espiritualidad, la ternura, la pasión y las virtudes de las granadinas en general, y de las siete bellísimas señoritas que honran este numero en particular!... Afortunadamente hay ocasiones en que las mejores palabras son las que no se dicen, el mejor elogio la muda admiración. Y esta es una de ellas.

Reciban las distinguidas señoritas que formaron la Corte de amor de los Juegos Florales, el testimonio de nuestro más profundo agradecimiento, por habernos permitido honrar con su fotografía la página central de IDEARIUM. Sus lindos rostros constituyen la más exquisita poesía que pudiéramos insertar. Cada una de esas fisonomías es un poema vivo, que refleja los más delicados matices de la belleza: la ingenuidad infantil, la ternura, dulce y suave como las más bellas tintas de un crepúsculo, la heimosura ofuscante de un día espléndido, la gracia recatada, la perspicaz inteligencia, la ideal finura, que es la nota peculiar de las granadinas.



SRTA. MARIA TEJEIRO



SRTA. ANGUSTIAS ALVA



SRTA. ROSARIO MARTEL



REINA.—SRTA. OLARA

JUEGOS

FIDES

PATRI

SRTA. ROSARIO MARTEL



SRTA. MARÍA M. DE VICTORIA



OLARA LÓPEZ NUÑO

FLORALES

AMOR



SRTA. CARLOTA MORALES



SRTA. JOAQUINA PASTOR

AÑO DE
1900



CANTARES

No extrañes que mueran pronto
Las flores de tu ventana;
Desde que tú me olvidaste
Las riego yo con mis lágrimas.

—
Cuando vayan á enterrarme,
Quiero que tapen mi cara
Con tu pañuelo del talle.

—
Al verte, alma mía,
Cruzar por la calle,
Cuántas cosas te dicen mis ojos
Que solo tú sabes.

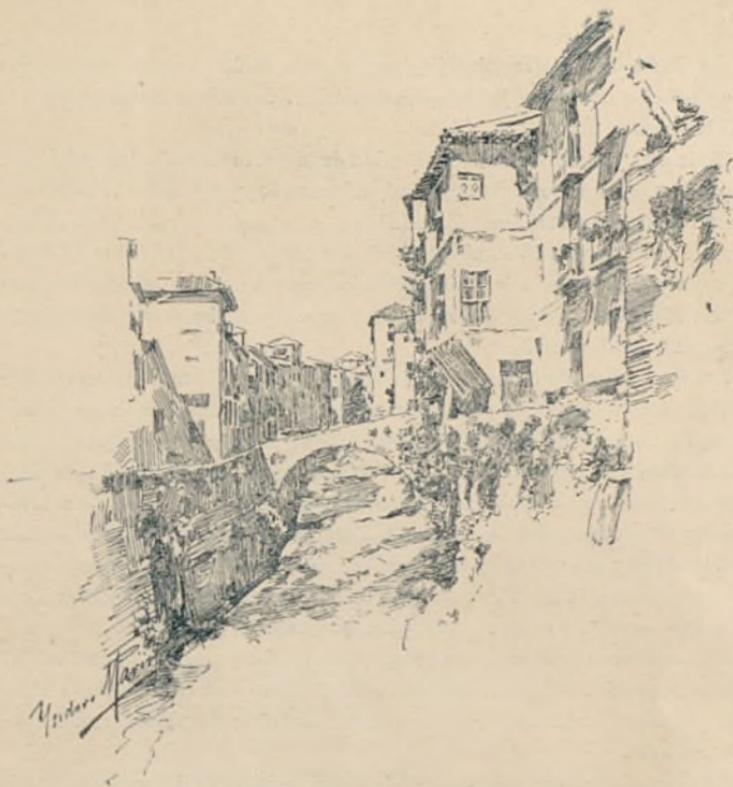
—
Deja que siga llorando,
Que los dolores del alma
Solo se curan con llanto.

—
Ya ves tú si la querría,
Que á pesar de no ser buena,
Cuando quedó abandonada
Pedí limosna por ella.

—
Lágrimas que no se ven,
Heridas que no dan sangre,
Amores que nunca olvido...
¡Esos forman mis cantares!

MIGUEL M.^a DE PAREJA.

Los anteriores cantares, pertenecen á la colección premiada en nuestros Juegos Florales, de que dimos cuenta en la crónica del número anterior.



Carrera de Darro arriba

DEJANDO la Plaza Nueva á la espalda, y huyendo del molesto é incessante ruido, avanza conmigo, lector benévolo, siguiendo la acera izquierda del río Dauro, y recrea la vista, si no eres indiferente á la emoción grata que despierta el curioso paisaje ó las huellas gloriosas de otras edades, en las altas cumbres de la Alhambra, de cuyas cimas brotan como por ensalmo las macizas torres, sombreadas en su base por el verde claro y brillante de los almendros.

Así, poco á poco y sin mayores esfuerzos, te llevarán tus pasos á la carrera de Darro, casi siempre sola, inculta y abandonada. Los ojos no paran mientes en estos detalles de urbanización, y contemplan abstraídos la cuesta del Rey Chico, á cuyas frescas lobregueces parece dar triunfal acceso el esbelto acueducto que conduce el agua al molino, oculto entre yedras y rosales de pitiminí, y como suspendido sobre el barranco.

Escritores de todas partes dieron suelta á su entusiasmo, y pregonaron en todos los idiomas los sentimientos de pasmo sublime que despertara en su alma la estática contemplación de aquellas elevadas colinas, fieras é imponentes, cuando los hielos del invierno las desnudan de toda pompa, y

la luz desmayada del crepúsculo destaca, con insólito vigor, las bizarras arboledas de retorcidas y deshojadas ramas, ó los robustos muros de gallarda y audaz traza.

Toda esta severa decoración cambia de aspecto cuando las galas primaverales, en invasora prodigalidad, adornan los pendientes ribazos con manto de flores y verduras, fecundados por los rayos del sol, que se enseñorea sin obstáculos ni sombras en el azul denso y deslumbrador del cielo. El agua que se desprende de las acequias, en tortuosas y susurrantes cascadas, mantiene fresca y perfumada la feraz vegetación de árboles y flores, revuelta y exuberante.

La costumbre instintiva en un trabajoso acceso, te empeña, amigo lector, con cierto coraje, en ganar la cumbre del altozano que tienes delante, como término de aquella pequeña fatiga; y pasado el pequeño corte que le aísla y residencia, el camino del Avellano serpea en amplias curvas, suspendido sobre las umbras profundidades del río, teniendo á su derecha los altos cerros del Generalife, la acequia de la Alhambra, festoneada de alamillos y gayombas, y más bajo todavía, las reducidas labores de pobres cortijuelos, formando paratillas escabrosas, donde el colono trabaja de perfil y sugeto con una mano, para no perder el equilibrio.

En la misma dirección que sigues, ves en la ribera opuesta, el camino del Sacro-Monte, incrustado en las vertientes de empinadas montañas, pobladas de cuevas y ventorros, que sirven de cubil á una población maleante y aventurera.

La emoción intensa que produce la vaga melancolía del paisaje, dominado por el bosque de álamos que oculta á ratos la austera fábrica del Sacro-Monte, se interrumpe á menudo con la jácara gitana, el repiquetear del yunque, y la plática extraña y destemplada de aquellos indígenas.

El animado conjunto ahuyenta la tristeza del corazón, y algo de sensual y enervante sujeta el ánimo á grato devaneo, que así os deshace de puro gusto, como os molesta y angustia hasta sacar las lágrimas á los ojos.

.....

MATÍAS MÉNDEZ VELLIDO.



El caramelo

¡Oh venturosa noche!
Entre mis dientes puse un caramelo,
é, indiscreto, en los ojos de mi amada
fugaz brilló el deseo.

También era golosa,
la miré y comprendí todo el secreto:
buscaba ella la miel entre mis labios;
yo en los suyos el fuego.

Su cuerpo de mi cuerpo separaban
de la reja los hierros,
y sobre aquél abismo de ternura
flotaba el pensamiento.

Esto quedó de aquella golosina:
un liviano recuerdo,
una música dulce en mis oídos,
y sobre el alma viento!

RODOLFO GIL.



DIÁ DE CAMPO

ESTA vez era en la huerta llamada de los Madroños, propiedad del jefe de una larga familia, donde ésta y otros amigos, en clase de convidados, dispusieron pasar el *día de campo*.

Cuidaron las mujeres de peso, con mucho esmero, de todo el tren de vituallas y manjares, ya guisados los de más empeño, y á medio guisar otros, para acabarlos de arreglar sobre el terreno; las jóvenes dejando galas y labores, ciñeron el redondo busto con el chal de rabiosos colores, y mostraban al sol los relucientes cabellos; echaron á un lado los hombres graves los afares de la existencia; alegráronse los jóvenes, y ¡llegó la hora! para los muchachos.... Todos van ya en gozosa carrera por el campo, camino de la Huerta, dentro de un enorme carruaje, por cuyas ventanillas asoman plegados quitasoles, cintas que ondea el viento, abultadas cestas, sombreros de paja, y las alborozadas caras de los chiquillos.

—¿Falta mucho?—preguntaban éstos, deseosos de llegar. Ya se divisa el portón pintado de almagra, las blanqueadas tapias y los enrejados de caña del jardín. Páranse, al cabo, los alborotados caballos; entra la familia; y salen á recibirla el hortelano tío Ignacio, sonriendo, con su escardillo al hombro, el cigarro medio caído en los labios, y sus enormes alpargatas, y Salvadora la hortelana, rolliza, arremangada, haciendo muchas exclamaciones:—¡Jesús, qué sorpresa! ¡Tanto bueno por aquí! Pasen ustedes. ¡Vaya, vaya!

Acto continuo, se desbanda la turba de chiquillos. Atropellándose, toman á saco los aperos: uno se apodera de la hoz; otro coje el almocafre; éste difícilmente carga con la azada, y aquél ostenta un enmohecido chuzo, lleno de telarañas que halló en un rincón. Provistos ya de todas armas, salen desbocados, y allá se pierden por las veredas del campo, en polvoroso tropel; crujen las hondas al despedir la piedra; huyen espantados los pajarillos, y el pintado lagarto que tomaba el sol, se oculta de prisa, sonando su roce sobre las matas...

Las más afamadas guisanderas, del gremio de madres de familia, preparan los primeros elementos de la comida, encienden la hoguera, limpian la negra y descomunal sarten y desuellan los conejos, pegando las pieles estiradas á la pared.

Las jóvenes, entretanto, despojan el florido jardín y le trasplantan á sus cabellos, ó tejen cadenas de dompedros metiéndolos unos en otros, ó abren soplando los cerrados capullos, para gozar sus primeros aromas. Otras corren alegremente enredándose, á lo mejor, entre las zarzas; pero á bien

que allí están *ellos* para desenredar enseguida, con sumo tiento, el vestido, aunque sea á costa de algún pinchazo de esos que hacen contraer el rostro y chuparse el dedo.

¡Qué linda y vivaracha aquella morena! Su viveza no la deja quieta un segundo: ya habla; ya ríe, ya inventa juegos, ya anima á los demás. Retoza un hombre grave con su madura consorte, la cual rechaza sonriendo las desacostumbradas caricias; y más bien avenida, una pareja de novios mantiene su eterna plática, preguntándose y diciéndose mil cosas que ya saben.

El columpio, el baile, el paseo por la viña y las aperitivas libaciones, entretienen dichosamente las horas, hasta que avisan de la cocina que ya está en su punto el arroz y la mesa puesta bajo la parra. Tócase á llamada y tropa, y ocupa cada cual su sitio. Allí es de ver cómo alegran la vista, sobre limpísimos manteles, frutas y entremeses: las partidas aceitunas, las lechugas, grato descanso de más nobles manjares (como dijo Virgilio); los fuertes pimientos y pepinillos en vinagre, que hacen torcer el gesto á quien los prueba; manzanas de suave carmín; rebanadas de salchichón y transparente miel, á la cual persigue todavía con morosa delectación una avispa, que las mujeres se apresuran á osear, sacudiendo sobre ella las blancas servilletas.

Después de la comida proponen algunos pasar la tarde en la cercana era, y allá se encamina toda la gente, atravesando cañadas y saltando acequias, precedida por los muchachos que van caracoleando, como á caballo, montados en varas que dejan ondeantes surcos en la tierra.

No lejos de la parva hay grandes hacinas de doradas gavillas de trigo, y al pié de una de ellas se sientan las madres, á la vista de sus hijas que, sin miedo á los abrasadores rayos del sol, ni á las punzantes raspas de las espigas, ni al polvillo de la paja, que se entra que es un gusto y pica luego por todo el cuerpo, atraviesan el rastrojo recogiendo las faldas del vestido, y en demanda de un trillo, —menguada y resbaladiza tabla, sobre la cual es fuerza ir en pié, guiando las bestias que la arrastran.

Pero los trillos están ocupados ya por *ellos*; que no son los verdaderos trilleros, sino los que acompañan siempre á *ellas*; y, cada oveja con su pareja, agarrándose ellas á ellos por la cintura, prosigue la trilla con muchas bromas y algazara.

—Trota un poquito Pepe,—dice una alegre rubia á su pareja.

—¿Yo?—pregunta éste admirado.

—¡Qué cosas tienes! Los mulos, quise decir. ¡Ay, pero no tanto, por Dios, no tanto!...

—¡Hijo, que me atropella usted!—dice otra al mismo, viendo que no sujeta á los mulos.

—Affirmate más, Luisa—dice otro á la hermosa morena que abraza su cintura.—Aprieta más, ¡más! ¡más!

—¿Y si te mareas?—replica ésta con sorna.

—¡Hermosa!

—¡Atrevido!

—¡Sóoo!—grita la compañera de Pepe á los mulos que corren como demonios.—¡Sujeta Pepe! ¡que arrolla el trillo!... ¡que nos caemos!... ¡aaay! —Y, perdiendo del todo el equilibrio, la rubita dá en tierra con su delicado cuerpo, pero cayendo en postura académica como los gladiadores romanos.



—¡Te lo estaba diciendo!— exclama su madre (que no había dicho nada) mientras acude con la poca ligereza que le consienten sus once arrobas, á tiempo que su hija se levanta, toda ruborosa y hosca, entre las burlas de sus amigas, y Pepe desahoga su furia sobre las pobres bestias, propinándoles un tremendo apaleo.

Todo esto, coreado incesantemente por los chiquillos, que se entrometen por todas partes á riesgo de ser atropellados, acaba cuando en el cielo no queda, de los resplandores del sol, más que la púrpura con que tiñe á las nubes después de echarse; y, entonces, vestidos con sus alpujarreñas enagüetas y sombreros de felpa, salen de su chozón los trilleros y recojen las caballerías, soltándolas para que se revuelquen en la parva.

Las trilleras se retiran á descansar sobre los haces, cansadas, anhelando, con las mejillas encendidas y la lumbre del sol en la mirada. Ellos, sacando el botijo del agua de un boquete de la tierra, donde se guarda para conservarle su frescura, se lo empinan, derramándose gran parte sobre el pecho y mojando de nuevo la camisa, ya empapada de sudor.

En estas y otras, viene la noche á más andar, y todos vuelven de la era, dejando en ella á los trilleros que, sentados en corro bajo el chozón, descansan y fuman, mientras alguno revuelve en grandísima y tosca fuente los *avíos* del refrigerante gazpacho. ¡Deliciosas vueltas aquellas! Las luciérnagas despiden su amarillenta luz sobre las zarzas que bordean el camino; óyese el agudo canto de los grillos, el manso ruido de las hojas mo-

vidas por las auras de la noche, y allá, á lo lejos, el ladrido de los perros ó los ecos de alguna copla, con que estorban el sueño los guardas de las eras. A veces, arde un rastrojo iluminando el paisaje con vivas llamardas. La gente joven sigue sus bromas hasta llegar á poblado, donde *comienza la formalidad*; algunas parejas van apartadas, hablando bajo; otros, comentan las ocurrencias del día; otros se empeñan en que cante Luisa, cuya voz parece mentira sea tan grande y sonora saliendo por una boquita tan pequeña, y los muchachos van cogiendo gusanos de luz, que ponen sobre el ala de los sombreros cual coronas de estrellas....

GABRIEL R. DE ALMODÓVAR.

UNA FIESTA EN EL CIELO

Hé aquí que un día Nuestro Señor, dió una fiesta en su palacio de azul. Todas las virtudes fueron invitadas, pero sólo las virtudes. Los señores, no fueron convidados; fué una fiesta femenina.

Comparecieron muchas virtudes, grandes y pequeñas... y aunque estas estuvieron más obsequiosas y expresivas que las grandes, todas se mostraron contentísimas, conversando con la amabilidad debida entre personas finas que son á más parientes.

Pero hé aquí que Nuestro Señor advierte que hay dos señoras muy hermosas, que parecían no conocerse. Y ¿qué hace? Toma á una de la mano, y presentándola á la desconocida:

—*La Beneficencia*;—dice,—designando á la primera.—*La Grátitud*;—añade,—señalando á la otra...

Ambas, quedáronse suspensas. Desde que el mundo es mundo, y ya hace fecha de ésto, aquellas dos señoras no se habían encontrado nunca.

JUAN TOURGUENEFF





LA FLOR DEL OLVIDO

- Jardinero:
si me dás una flor que yo quiero,
mediré á tu codicia un tesoro.
- ¿Cuál es, pues la ignoro?
- La que tiene entre todas las flores
más suave perfume,
más gala y primores;
la que temple el ardor que consume
del pecho dolido
los hondos amores:
«La flor del olvido».
- ¡Por buscarla soy yo jardinero
y hallarla no espero!...
Cuando amor en el alma hace nido
su canto le advierte
que la «flor del olvido» es la muerte.

SEGARRA BALMASEDA

.....

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
DE
AUTORES GRANADINOS,
DE VENTA EN LA LIBRERÍA
DE LOS SEÑORES

Vda. é Hijos de Paulino Ventura Sabatel,
Mesones, 52, Granada,

y que se remiten á cualquier punto de España
franco de porte, acompañando al pedido su importe y el de
certificado, si se desea que se remitan así.

En Sierra Nevada, 2.^a edición. Crónica por D. Nicolás María López. Interesante libro de actualidad primorosamente impreso en papel couchet, con multitud de fotografías de instantáneas de Sierra Nevada, en tamaño 8.^o especial, para bolsillo, forro al cromo. (Próximo á agotarse). 2 pesetas.

Teresa y Arrenquín. Novelillas granadinas por D. Matías Méndez Vellido. Un volumen en 8.^o prolongado, 2 pesetas.

Tristeza Andaluza, por D. Nicolás María López. Un volumen en 8.^o español, 2 pesetas.

Entre Beiro y Dauro, cuadros de costumbres granadinas, por D. Antonio Joaquín Afán de Ribera, precedidos de trabajos de otros escritores, 3 pesetas.

Cuentos de la Alhambra, por Washington Irving, traducción de D. José Ventura Traveset, 2,50 pesetas.

Novísima Guía de Granada, por D. Francisco de Paula Valladar, 2,50 pesetas.

Guía de Granada, por D. Manuel Gómez Moreno, 5 pesetas.



15 Cts.